

haber sido regularmente llamado á ninguna función, sin ser senador, sin poder siquiera contar con un partido político, Pompeyo era omnipotente en la ciudad. Este personaje frío, irresoluto, y tan incapaz como Mario de una concepción política, ha sido, sin embargo, muy mal tratado por los historiadores modernos, dados á juzgar á los hombres por sus debilidades y pintarlos por la anécdota, aun apócrifa, á la manera de Plutarco. Un hombre no puede conservar por espacio de cuarenta años la gran posición que se creó Pompeyo desde los primeros días, á no ser por algún concepto superior á sus conciudadanos. Ciertamente que hasta su última batalla, mereció mejor que Sila el sobrenombre de favorito de la Fortuna, que hizo mucho por él; pero él ¿no hizo nada por ella? Si encontró circunstancias propicias, supo también sacar de ellas, por su audacia ó su prudencia, ventajas que otro hubiera dejado perderse. Sus noches pasadas en vela, sus estudios perseverantes para preparar y encadenar de antemano la victoria, no son de un hombre entregado al favor de los dioses.

Sin ser un Catón, tenía su frugalidad y su odio á las muelles costumbres importadas del Oriente, con menos afectación, y cierta dignidad contenida que revelaban al hombre nacido para el mando. Un día que estaba enfermo y repugnaba toda clase de alimento, le propinó su médico la regalada carne del toro; buscáronse por todas partes y en ninguna se encontraron. Alguien hubo de asegurar que se encontrarían en casa de Lúculo, que los hacía cegar para el uso de todo el año. «¡Por Júpiter! exclamó Pompeyo, y si Lúculo no fuera un glotón, ¿no podría vivir Pompeyo?» Y no quiso que se hicieran más diligencias.

Era también elocuente, pues á los veinte años, en una causa difícil, salvó la memoria de su padre, quedando el juez tan complacido, que en el mismo tribunal hubo de tomarlo por yerno. Sobre todo, era bravo, habiendo pasado casi toda su vida en los campamentos: tan audaz como emprendedor, en medio de Italia cubierta de legiones, que mandaba Carbón, se declaró por Sila, y le llevó un ejército que acaso fué su salvación.

Pompeyo supo conservar este ejército para sí, á la vez que haciéndolo servir á los intereses del partido: lo condujo adonde quiso el dictador; á la Cisalpina, á Sicilia, al Africa; en todas partes vencedor é imponiendo respeto con sus victorias hasta al mismo Sila, que creyó reconocer en aquel joven siempre afortunado el poder fatal que él quería ver respetado en su propia persona.

El terrible dictador estaba como subyugado, y para evitar que esta felicidad llegara á ser rival de la suya, hizo entrar á Pompeyo en su familia, dándole á su nieta Emilia. Con todo eso, hubo un momento de desconfianza. Luego que Pompeyo hubo vencido á Domicio y á Hiarbas, le ordenó que licenciara sus tropas. Los soldados se rebelaban á la idea de perder el honor y el provecho de una entrada triunfal en Roma: Pompeyo los calmó y volvió solo.

Esta confianza lo salvó. Sila salió con todo el pueblo á recibirlo y lo saludó dándole el dictado de *Grande*. Pero Pompeyo quería el triunfo, un triunfo pomposo y magnífico, porque había traído de Africa elefantes, que debían tirar de su carro, y no era siquiera senador. Sila se negó á esta pretensión.

«Pues que se vaya con cuidado, se atrevió á decir el joven victorioso, y no olvide que el sol saliente tiene más adoradores que el sol poniente.» A su alrededor todos temblaban, y el dictador, sorprendido por la primera vez, cedió. «Que triunfe, dijo dos veces; que triunfe pues» (81). El pueblo aplaudía esta audacia, y miraba ya con la mayor complacencia á un general que, con ser tan mozo, no

temblaba en presencia de aquel ante quien todos temblaban.

Pompeyo no había ejercido aún ningún cargo civil ó político, prefiriendo á las fasces consulares la posición que él mismo se había creado sin elección del pueblo ni del senado. Pero también era el único entre todos los jefes de partido, que no se había manchado en las proscripciones ó á lo menos en el pillaje de los bienes de las víctimas. En Asculo, durante la guerra social, no había tomado más que algunos libros: era también una singularidad feliz, que venía á ser un reproche para los vencedores y una esperanza para los vencidos. Amado de los soldados y respetado por el pueblo, tenía una importancia de que no quiso servirse en provecho propio ó personal, porque no deseaba un consulado que pasara en la oscuridad, y comprendía que no habían llegado aún los tiempos para señalarse en esta magistratura con algún acto memorable ó digno de él.

Por otra parte, á los veinticuatro años de edad, no hubiera podido tampoco solicitarlo violando la ley establecida; pero quiso probar hasta dónde llegaba su influencia apoyando una candidatura hostil al senado, y á pesar de los nobles, hizo triunfar á Lépido, que no ocultaba su odio á las nuevas instituciones (1).

«Joven, le dijo Sila, viéndolo atravesar muy orgulloso la plaza de los comicios, parece que estás muy satisfecho de tu triunfo. Es, en verdad, una grande hazaña haber hecho llegar al consulado á un mal ciudadano; pero vete con cuidado porque has favorecido á un adversario más fuerte que tú.» Estas palabras fueron casi proféticas. Cuando se supo la muerte del dictador, quiso Lépido impedir que se hicieran á su memoria honores públicos y aun hubo de hablar de abolir sus leyes. Esto era ir demasiado aprisa para Pompeyo. A pesar de la frialdad que Sila le había mostrado en sus últimos tiempos, Pompeyo se respetaba demasiado á sí mismo para apartarse tan pronto de la causa que había servido: uniéndose al otro cónsul, á Cátulo, y muerto Sila, triunfó otra vez más. Pero al salir de los funerales los dos cónsules, por poco no vienen á las manos.

### III. — LÉPIDO. — NUEVA GUERRA CIVIL (78-77).

Este Lépido, padre del triunviro, pertenecía á una ilustre familia patricia, la *gens Emilia*. En la guerra civil se declaró por Sila y se dió muy buena maña para hacer una gran fortuna con los bienes de los proscritos. Habiéndole tomado el gusto á esta fácil manera de adquirir, cometió en su pretura de Sicilia el 81 tales exacciones, que Cicerón lo pone en primer lugar, aunque después de Verres, entre los despojadores de las provincias. Con esto se encontró luego en aptitud de construir el mejor palacio de la ciudad, que exornó con columnas de mármol amarillo de Numidia, las primeras que se hubieran visto en Roma (2). Rico y de noble prosapia, tenía Lépido todas sus conexiones en el partido de los grandes. Pero por este lado estaban tomados los primeros papeles, y se pasó al partido contrario, llevado á esta resolución por su casamiento con Apuleya, hija de Saturnino, por su temor á un proceso sobre concusión de que estaba amenazado, y sobre todo por su ambición, porque los desinteresados reformadores de la genera-

(1) Véase en los fragmentos de Salustio un violento discurso, que este historiador pone en boca de Lépido y que termina con un verdadero llamamiento á las armas. Si no es de Lépido, refleja muy bien sus sentimientos.

(2) Su casa, dice Plinio, era entonces la más bella de Roma; pero tan rápidos fueron los progresos del lujo que 35 años después, más de cien casas superaban la suya en magnificencia.

ción precedente no tenían ya sino ambiciosos por sucesores.

Se mata ó se proscribió á los hombres, pero no se acaba con las ideas justas y las necesidades verdaderas, sino dándoles satisfacción; y como la restauración no había tenido en cuenta ninguna de las novedades que el pasado había producido ó reclamaba el presente, bastó á Lépido recordar el restablecimiento de la ley frumentaria y el destierro de los que gemían lejos de sus hogares, para reconstituir el partido que Sila pensaba haber ahogado en sangre.

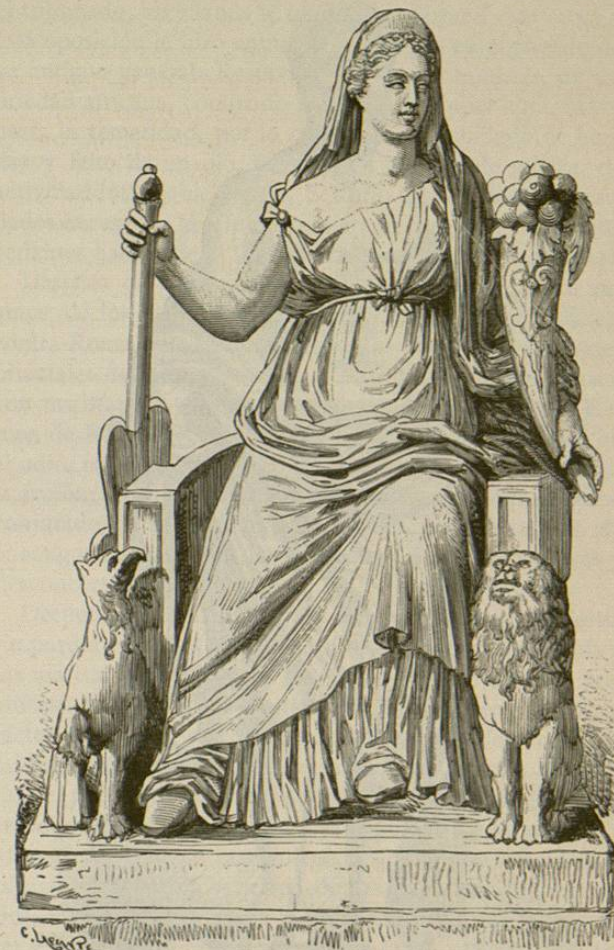
Desde que se creyó que uno de los cónsules estaba dispuesto á deshacer lo que la dictadura había hecho, una multitud de gentes pusieron sus esperanzas en nuevos trastornos: las familias de las víctimas creyeron encontrar en ellos sus bienes perdidos; la juventud dorada, recursos para sus ruinosos desórdenes; los tribunos, el poder; el pueblo distracciones que rompieran la monotonía de sus días silenciosos, en que durante tres años, no habían visto una tempestad en el foro. Los caballeros no perdonaban á los grandes la usurpación de su poder judicial; los pobres, la supresión de las larguezas de la anaona; los hijos de los proscritos, la pérdida de sus derechos civiles. Fuera de esto, los ambiciosos, mantenidos á distancia del poder por la oligarquía, se prometían sacar partido de estos enojos, que eran también esperanzas. Una gran provincia, España, estaba en manos de Sertorio; la Cisalpina tenía por gobernador á un Junio Bruto, de fidelidad dudosa; en todas partes los numerosos descontentos, que habían hecho tantas revoluciones, anhelaban hacer otra, y algunos maristas, los de más viso, se atrevían á volver de suyo á Roma. Perperna, el pretor que Pompeyo había expulsado de Sicilia en otro tiempo, César, el hijo del cónsul Cinna, habían vuelto ya también, y como sucede siempre á los proscritos, no habían olvidado nada.

Lépido se dió más prisa: puso en vigor la ley Sempronia sobre las distribuciones de trigo al pueblo, para atraerse á los mendigos de Roma, y prometió devolver sus tierras á los que habían sido despojados de ellas, á fin de granjearse la buena voluntad de los italianos. Con esto en todas partes levantaron la cabeza los perjudicados, y algunos reunieron armas. Preparados de los primeros los de Fiésole se vinieron encima de los veteranos establecidos en sus puestos fuertes (*castella*) y los expulsaron de sus términos, no sin haber dado muerte á buen número de ellos. Esto podía ser la señal de un grande incendio, y el senado, que el dictador creyó haber hecho tan fuerte, se llenó de espanto, sin que el espanto le diera más energía ó resolución. Entre Cátulo y Lépido, que ya se amenazaban, no supo intervenir sino con ruegos, para obtener de ellos el juramento de que no tomarían las armas uno contra otro, y creyó obviar todo peligro, decidiendo que los dos cónsules fueran á sus respectivas provincias: Cátulo á la Cisalpina; Lépido á la Narbonesa. Se decía que eran de temer por esta parte algunas agresiones y se cometió la imprudencia de asignar una gruesa cantidad para decidir al ávido procónsul que se enviaba allí á ganar su gobierno. Como de paso debía calmar el tumulto de Fiésole, iba autorizado para levantar tropas, y nada le faltaba para crearse un ejército.

Mientras Lépido se alejaba lentamente, Cátulo continuaba la reconstrucción comenzada por Sila del templo Capitolino, que dominaba majestuosamente el Foro (1), trabajos inmenso de que no quedan más que las subrucciones

(1) Existe aún la inscripción que el senado hizo grabar: *Q. Lutatius. Q. F. Q. N. Catulus Cos. substructionem et tabularium ex sen. cons. faciendum curavit.*

macizas que sostienen hoy el *palacio del Senador de Roma* y que en tiempo de Cátulo sostenían el *Tabularium* ó sala de los Archivos. En la parte inferior de la fachada colocó una Minerva de Eufanor, que el pueblo se acostumbró á llamar la *Catuliána*; pero reservó para el templo consagrado por su padre, después de la guerra de los cimbras, á la Fortuna del día dos estatuas de Fidias, robadas, como la precedente, á la Grecia. Los romanos, que no sabían hacer tales obras maestras, sabían á lo menos estimarlas y sobre todo tomarlas. El templo se llenó de ofrendas de todas clases enviadas por las ciudades, por los pueblos y los reyes. Una, sin embargo, faltó, un mueble de oro, guarneci-



La Fortuna (2)

do de piedras preciosas, que el rey de Siria destinaba al Capitolio y su embajador, al pasar por Siracusa, cometió la imprudencia de enseñar á Verres. Verres se lo robó: el donativo real, destinado á Júpiter Máximo, sirvió para adornar el gineceo de la *Golondrina*, una de las mancebas del sátrapa siciliano (3).

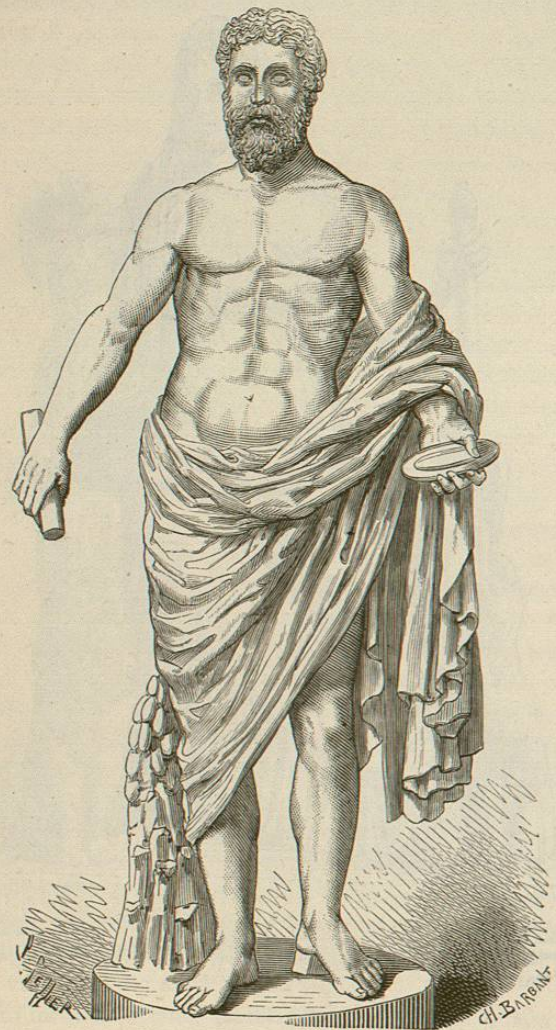
Las fiestas de la dedicación duraron muchos días y se distinguieron con una novedad que hubiera maldecido Catón. Para resguardar del sol á los espectadores hizo Cátulo cubrir su teatro con groseras telas, que un día serán reem-

(2) Clarac: *Mus. de escult.*, p. 455, núm. 834. Estatua del Museo real de Berlín, llamada por Clarac *Fortuna naval*, por el gobernalle que tiene en la mano derecha, debido á una restauración moderna. Está sentada en un trono entre un águila y un león. Esta rara disposición ha decidido nuestra elección entre las numerosas representaciones de la diosa Fortuna, de quien Plinio decía que era invocada en todas ocasiones y á todas horas. (*Hist. nat.*, II, 7.)

(3) Cic. II in Verr. IV, 31. Esta beldad se llamaba *Chelidone*, que es el nombre griego de golondrina.

plazadas con los inmensos y magníficos toldos (*velaria*) del imperio.

Mientras su colega se ocupaba en estas piadosas atenciones y extremaba su solicitud por la comodidad del pueblo, recorría Lépido la Etruria, recogiendo en las poblaciones tan cruelmente castigadas por Sila hombres, viveres, armas, y llamando á su lado á los veteranos de Mario y de Carbón. El gobernador de la Cisalpina Junio Bruto se declaró por él. César que llegaba del Asia fué solicitado á seguir este ejemplo por su cuñado L. Cinna; pero ni el carácter del caudillo ni las fuerzas del pueblo le inspiraban mucha confianza, y esperó (1). Sin embargo, con la promesa de



Júpiter (2)

anular los actos de la dictadura, muy luego consiguió Lépido engrosar su ejército, y cuando, en fin, lo llamó el senado, ya inquieto, con pretexto de que abriera los comicios consulares, pero en realidad para asegurarse de su persona, dejó Lépido la toga, tomó su traje de guerra y marchó sobre Roma, precedido de la solemne declaración de que iba

(1) Sin embargo en 77 y 76 rompió las hostilidades contra los silanos acusando á dos de ellos, á Cn. Dolabela, antiguo gobernador de Macedonia, y á Antonio, que había oprimido cruelmente á la Grecia. En esto, no hacía más César que seguir el ejemplo de los jóvenes nobles, que empezaban siempre así; pero la elección de sus víctimas revela bien sus rencores.

(2) Grande y bella estatua de la colección T. Coke en el palacio de Holkham (Norfolk), grabada por Clarac (*Mus. de escult.*, p. 396 D, núm. 678 B). La serena expresión de su semblante, los cabellos ondulados regularmente, como también la patera que tiene en una mano y el cetro en la otra, le han dado el nombre de Júpiter propicio.

á restablecer al pueblo en sus derechos y á tomar el segundo consulado, es decir la dictadura.

Los padres conscriptos procuraron negociar; pero sus diputadas fueron recibidos tan mal que fué preciso resignarse á la lucha. La situación en Roma podía tener sus peligros. Un Cetego y otros jóvenes nobles arruinados recorrían los barrios de la ciudad habitados por la peor gente, prometiendo el próximo desquite. Los tribunos de aquel año, elegidos bajo el imperio de las leyes de Sila, eran flacos y tímidos personajes; pero si el ruido de las armas hacía callar á la ley, ¿no encontraría alguno de ellos, á la aproximación de Lépido, bastante audacia tribunicia para amotinar á la multitud poniendo al senado entre dos peligros?

Un senador á quien conocemos de mucho tiempo atrás levantó los ánimos con un discurso enérgico, que Salustio nos ha conservado, retocándolo menos acaso que los que de ordinario pone en boca de sus personajes. Filipo reprendió la irresolución de los senadores, que confiando en las predicciones de los augures, preferían amar la paz á defenderla. «¿No comprendéis, decía, que vuestra inercia os quita toda dignidad y á él todo temor? Y es justo, porque sus rapiñas le han valido el consulado, y sus sediciosos designios una provincia y un ejército. ¿Qué hubiera ganado en servir bien, cuando por sus maldades recibe tales recompensas? Ha despreciado vuestras embajadas y se ha burlado de vuestras palabras de paz y de concordia. En otro tiempo, ese Lépido no era más que un bandolero seguido de algunos perdidos, dispuestos á dar la vida por un mendrugo de pan. Hoy es nada menos que un procónsul del pueblo romano, que tiene un cargo conferido por vosotros mismos, tenientes á quienes la ley impone obediencia, y un ejército en que se han reunido los malos ciudadanos de todos los órdenes, esos hombres atormentados por la conciencia de sus crímenes. Para ellos la paz está en las turbulencias, el reposo en las sediciones, y siembran desorden sobre desorden y guerra sobre guerra. Ved á la Etruria ardiendo, á los españoles sublevados, á los sobrevivientes de nuestros últimos combates en movimiento; y Mitridates con la espada en la mano esperando el momento oportuno para herir.

»Las imposiciones de Lépido os turban y con razón. Quiere, según dice, que todos recobren sus bienes, y él retiene los de los demás; que se anulen las leyes impuestas por la fuerza, y por la fuerza quiere imponer su voluntad; que se devuelva el derecho *civitatis* y él mismo niega que nadie lo haya perdido; que para mantener la paz se restablezca el antiguo tribunal, y este tribunal ha sido la causa de todos los desórdenes. Si á las armas no oponéis más que palabras, procuraos el patronato de Cetego y sus iguales, dispuestos siempre á continuar el incendio y el pillaje. Por mi parte, creo que el interrey Apio, el procónsul Cátulo y los que tienen el *imperium* deben recibir encargo especial del senado para que velen por la salud de la república.»

El decreto pasó y Cátulo hizo ó renovó, dándole más extensión, la ley *de vi publica*, que prohibía el agua y el fuego á los autores de las violencias públicas; y al mismo tiempo multiplicó las levas, que hizo fáciles y prontas el concurso de Pompeyo. Demasiado joven para pretender el consulado, y demasiado lleno de su gloria para consentir en llegar á él pasando por los cargos inferiores, Pompeyo cogió esta nueva ocasión de arrostrar las leyes sirviéndolas. Un decreto del senado lo nombró adjunto de Cátulo para el mando del ejército, del que fué el verdadero jefe. Las tropas proconsulares que reunieron muchos veteranos amenazados de restitución, se establecieron en el Janículo, en las colinas del Vaticano, y en el puente Milvio, para defender el paso del Tíber.

IV. — SERTORIO. — CONTINUACIÓN DE LA GUERRA CIVIL (80-73)

Conocemos ya á Sertorio, aquel sabino que fué, como Mario, hombre sin ascendientes ni posteridad, y como él también, mejor general que político. Habíase distinguido en la guerra de los cimbrós y sus largos servicios en la Galia hubieron de familiarizarlo tanto con la lengua y las costumbres de los bárbaros, que muchas veces penetró disfrazado en el campamento de los teutones para observar sus fuerzas y sus disposiciones. Durante la guerra social fué también el intermediario entre el senado y los galos italianos, á los que supo retener en la fidelidad. Luego solicitó el tribunal; los silanos le impidieron llegar á este cargo y esta oposición le hizo entrar para siempre en el partido de su antiguo general. Reservado en sus costumbres, de sobriedad africana, comiendo poco y á cualquier hora, bravo hasta la temeridad, por lo cual estaba acribillado de heridas y falto de un ojo, fecundo en arduos de guerra, de actividad infatigable, en fin, Sertorio tenía todas las cualidades necesarias al jefe de un ejército irregular, y sus antecedentes hacían de él la última esperanza de los maristas.

Después de la insurrección de los esclavos contra sus amos, de los plebeyos contra los grandes, de los italianos contra Roma, hemos visto á todos los pueblos de las partes orientales del imperio ayudar á Mitridates con sus votos ó con sus brazos á derribar una dominación odiosa. Por fortuna de Roma, se halló que si bien había unanimidad en el odio, no se supo tenerla igualmente en el consejo ni en la acción; y hubiera sucumbido bajo el peso del universo conjurado en su contra; pero triunfó necesariamente de enemigos que venían á herir al coloso á golpes sucesivos y desconcertados.

Después de la defección del ejército de Escipión, Sertorio pasó á España (82) con el título de pretor que debía á los maristas y que le daba autoridad legal en aquellas provincias. En esta ocasión estudió el país, sus recursos, el carácter de aquella valerosa raza, cuyas hijas elegían por sí mismas sus maridos entre los más bravos, siendo el preferido el que podía ofrecer á su novia la mano derecha de un enemigo muerto á las suyas; y se granjeó la voluntad de los naturales con su benevolencia, que contrastaba con la rapacidad, soberbia y tiranía de los gobernadores ordinarios. Había servido ya en la península como tribuno militar y merecido la estimación de los españoles, batiéndolos con una ingeniosa estratagema.

Unos soldados romanos de guarnición en Cástula (Castellón) habían exasperado con su insolencia á los habitantes, los cuales llamaron en su ayuda á sus vecinos, y una noche les abrieron una de las puertas de la ciudad, y perecieron buen número de romanos. Sertorio se había escapado á tiempo y seguido de todos los legionarios que pudo reunir, dió la vuelta á la ciudad y volvió á entrar en ella por la puerta que los españoles se olvidaron de cerrar. Sorprendidos estos á su vez fueron pasados al filo de la espada, y el día siguiente, Sertorio con sus soldados, que se habían puesto la ropa y las armas de los bárbaros, corrió á la otra ciudad, cuya población salió sin desconfianza á recibir á los que creía amigos y no cesó la matanza, sino para vender á los sobrevivientes.

El caso hizo ruido y el nombre de Sertorio fué desde entonces famoso en España. Cuando se supo que iba á mandar allí en jefe y luego que se le vió disminuir los subsidios, dispensar á las ciudades de alojamientos militares, viviendo él y los suyos bajo la tienda de campaña, acudieron á sus filas muchos voluntarios. Fáciles á la ilusión, creían que aquel

El mediano personaje que se había hecho el heredero de Mario no había podido ocultar bastante tiempo sus proyectos, para poder organizar sus fuerzas, ni puso en la ejecución bastante rapidez para sorprender á sus adversarios. Acampado entre el Cremera y el Tíber, hacía entrar en Roma emisarios que procuraban determinar un tumulto; pero nadie se movió. El pueblo corrió á las murallas y á la margen del río á presenciar un espectáculo de un interés muy distinto para él de los combates de gladiadores: los dos ejércitos batiéndose enfrente del Campo de Marte.

La batalla duró poco: los veteranos de Sila y toda la nobleza cargaron con tanto ímpetu á los reclutas de Lépido que el ejército insurreccional quedó desbaratado y huyó con su jefe por la parte de Bolsena. Lépido estuvo por dirigirse á las montañas para ir á encender la guerra samnita; pero las maniobras de sus adversarios lo encerraron en la Etruria. Allí sufrió otro descalabro que lo rechazó hacia el mar, y mientras lo perseguía Cátulo con prudente lentitud, tuvo Pompeyo tiempo para correr á la Cisalpina, donde Junio Bruto se había encerrado en Módena. Falto de viveres y obligado por alguna traición, ello es que Bruto entregó la plaza, á condición de salvar la vida. Sin embargo, Pompeyo se la quitó el día siguiente. Un hijo de Lépido y un Escipión, acaso el cónsul del 83 que durante las proscripciones de Sila se había refugiado en Marsella, fueron cogidos en la ciudad liguriense de Alba y pasados al filo de la espada. Pacificada así la Cisalpina, á la manera romana, por el degüello, fué Pompeyo á reunirse con Cátulo, que acababa de batir á Lépido bajo los muros de Cosa.

Enfrente de esta ciudad se alza mar adentro el monte *Argentario*, promontorio escarpado por todas partes y unido al continente sólo por dos bancos de arena que encierran una laguna (1). Lépido los cortó y se encontró en una isla. Sin embargo, aquí no podía estar mucho tiempo falto de viveres. Pero una noche se embarcó para Cerdeña, con la idea de sublevar á sus habitantes mientras su teniente Perpenna ganaría la Sicilia; desde aquí tenderían la mano á Sertorio y procurarían rendir por hambre á Roma provista por las dos islas.

Pero la fatiga y el pesar rindieron antes á Lépido, que hubo de caer enfermo, y luego una carta de su esposa lo acabó. Llegó á sus manos por un fatal descuido y no podía dejarle duda sobre la infidelidad de Apuleya ni sobre la estimación en que tenía á su esposo. «Este pobre hombre, escribía la infiel á su amante, no tiene sentido común.»

Algunos días después murió Lépido, y había terminado el primer acto de la nueva guerra civil (77).

Esta vez, el partido vencedor se honró con su moderación y templanza, y algunos años después, á instancia de César, concedió el senado una amnistía á los partidarios de Lépido.

Esta insurrección ligó á Pompeyo al senado que le devolvía su ejército. Cierto es que Cátulo le había ordenado que lo licenciara; pero él no hizo caso de la orden y el senado no se atrevió á insistir. En el partido de los nobles, no veía Pompeyo á nadie por encima de él; en el partido contrario, dado que sus jefes triunfaran, ¿lo admitirían á él en la repartición de sus conquistas? Ciertamente la reacción democrática lo hubiera hundido. Si un día debía operarse esta reacción, Pompeyo quería que fuera por sus manos y era muy buen ciudadano para querer que llegara lentamente, sin sacudimientos, sin nuevas proscripciones. Así pues aceptó el papel de ejecutor testamentario de Sila, y después de la intentona de Lépido, fué á combatir á Sertorio.

(1) Esta roca, que tiene 7 millas de larga por 4 de ancha, debe su nombre á las minas de plata antiguamente explotadas.